

SEMBLANZA DEL BARRIO MERCADO VIEJO. (PARTE II)

Feli Alonso Curiel

Muchas generaciones del barrio vivieron usando la muletilla "tener que cruzar el puente". Ni tan siquiera se especificaba diciendo "el de la Leona". Los otros puentes, Valdovar o Duero, eran puentes de "paseo". Cruzar el puente daba pereza. Si calor, daba pereza atravesarlo por no encontrar tejadillo para burlar el sol agosteo; si frío, daba escalofrío sólo pensar en soportar el cierzo gélido que se multiplicaba en esos metros. Pero no había otro remedio.

Verduras y hortalizas se exponían en las puertas de las vecinas y sólo al reclamo de ¡chica! salía la vendedora secándose las manos y agarraba la romana para pesar un kilo "corrido" de pepinos del terreno.. En cambio, los productos de ultramarinos había que agenciarlos en la tienda más cercana que era la de Nicolás Matos Martín, a la izquierda de la subida a la plaza. Una década más tarde vendería el "gordo" de Navidad. La carnicería más cercana era la de la señora Petra, la "derechina", justo debajo del pilar de la Leona; el pescado donde Nicanora. ¿Y los médicos? Eso era un lujo. Había que estar enfermo de gravedad para llamarlos. Don Elías Velasco, hermano del injustamente olvidado alcalde Celestino Velasco Salinero, era el médico que visitaba a los enfermos previo pago de la cuota del igualatorio. Él y otros dos médicos. Pero mientras se podía se aplicaban remedios caseros a base de ungüentos, cataplasmas, ventosas calientes que mitigaban el mal. Se compaginaba la visita del médico con la sabiduría del curandero. Cobraban la voluntad. Dos de estos curanderos hicieron "milagros" en aquellas primeras décadas del siglo veinte. Uno, de Santibáñez de Esgueva, Burgos; el otro, de Frumales, Segovia. Se acercaban hasta Peñafiel en épocas de ferias y, en una alcoba de una casa del Mercado, la de mis abuelos, recibían a la gente. Nadie cobraba, ni mis abuelos por prestar la alcoba ni los curanderos; más el que está agradecido da con generosidad la voluntad. Si algún caso era urgente, uno de los curanderos, me dicen que de nombre Agustín Madroño, diligente se acercaba hasta Peñafiel en tren. La familia del paciente cortaba un mechón de pelo al enfermo, lo metía en un sobre y lo enviaba por correo al domicilio del curandero. Examinando el pelo diagnosticaba la enfermedad grave del enfermo. Suspenso mi juicio; sólo comentar que hoy en día hay dermatólogos que usan ese método.

Hay anécdotas que por lo simpáticas merecen que no se pierdan. Transcurrió allá por los años 1925-30. Eran vísperas de fiestas de S. Roque y los toros ya pastaban en Pajares bajo la mirada atenta de Ciriaco que durante muchos años convivía con ellos los días previos a la fiesta. Pues bien, una mañana, al amanecer, el tío Ferique, mi abuelo el cacharrero, le comentó a su mujer que le parecía escuchar bramidos de toros desde la alcoba. La tía Anastasia tomó el comentario socarronamente pensando que su marido todavía andaba somnoliento. Pero los bramidos seguían. Alarmados se asomaron al pequeño ventanuco que daba a la tapia del huerto del tío Rojo. Ante sus ojos seis toros y un manso estaban tumbados en un rinconcillo entre la casa de mis abuelos y la puerta del huerto. Más o menos donde hoy está el estanco. ¿Qué hacer? Salir de casa implicaba riesgo. Idearon un sistema de comunicación y corral a corral lo fueron

vociferando los vecinos hasta que uno, entendía que la presencia de los toros era lejana y corriendo se acercó hasta el Ayuntamiento para informar. Los caballistas se presentaron y los toros retornaron a Pajares. Ciriaco, vecino del barrio, siguió por muchos años haciendo guardia campera y cantando con frenesí la canción "Por el camino verde..." Tanto entusiasmo ponía al cantar que entornando los ojos seguía andando sin percatarse que la acacia le cortaba el paso. El trompazo fue mayúsculo; eso sí, la emoción de la canción y algún trago de vino de más que llevaba al colete amortiguaron la sugestión del golpe.

El vino ayudaba a soportar los fríos matinales antes de entrar en faena. Las chapas de la cocina eran calentadas con el carbón a medio quemar que retiraban los trenes y que vendían a precio módico. Era madera de encina. La zarahuja, cogollos y paja servían para encender la gloria calentando el suelo de al menos parte de las habitaciones y sobre todo de la cocina. También se compraba algo de carbón que suministraban comerciantes de Peñafiel. Cuentan que los que portaban los sacos de carbón a las casas sacaban sus ropas empapadas a lo largo de la jornada. Mojar el carbón aumentaba el peso y por lo tanto el precio del saco. Las mujeres se enfadaban por la picaresca y porque el carbón mojado hacia humo y no ardía.

Los vecinos del Mercado se ayudaban entre sí. Antes de "amanecer Dios" desfilaban muchos días tres carros en busca de zarahuja y tamaras para encender sus hornos de alfareros y tejeros. Arrendaban el usufructo de algunos pinares. Unos, cercanos; otros, a más de 30 kms. La medianoche les pillaba en camino y sus mujeres o hijas se acercaban hasta el Cristo. De rodillas, acoplaban su oreja al pavimento de la carretera y, en el denso silencio de la noche, lograban reconocer la voz de su familiar cuando gritaban por su nombre a los cansinos mulos. Tan afinado tenía el oído que lograban calcular a qué distancia estaban de Peñafiel. Hubo veces que tardaron en llegar hasta dos horas al Cristo. Las mujeres, ya tranquilas, volvían a sus casas sabiendo que todo iba bien.

El horario laboral lo marcaba la luz solar o la luz que desprendía la luna llena. Sin luna el Mercado era tiniebla total. Unos candiles de aceite hacían soportable la vida en el hogar. Si era urgente salir de casa por la noche el vecino llevaba por compañía un farol. La llegada de la luz eléctrica fue revolucionaria, pero muy lenta. Tan sólo una bombilla para toda la casa que iban trasladando de sitio hasta la hora de dormir. Ora en la cocina, ora en el pasillo para iluminar mortecinamente las alcobas. Hubo quien hizo un agujero en el techo de la planta baja, en el obrador del alfar y subirlo a la primera planta, a la cocina. El generador de luz para el uso exclusivo del Mercado estaba en la bajada al río, en la fuente del piojo, al lado de la casa de la señora Modesta. Una torreta con la que hemos crecido aquellos que fuimos a la escuela de la Villa. Una puerta y una placa con una calavera nos metían el miedo en el cuerpo. Desde fuera, cada anochecer, un empleado cogía un palo largo y accionaba algún mecanismo proporcionando corriente eléctrica desde la Leona. Al amanecer, la operación era a la inversa. Se carecía de alumbrado público por lo que la luz tenue que salía de las ventanas orientando a los viandantes. Cuentan que una vez el generador se estropeó al cabo de unos minutos de encendido. Los niños rezagados por sus juegos se vieron sin la habitual brújula iluminativa; la negrura era tan intensa que muchas madres tuvieron que salir al encuentro de sus hijos para orientar la ruta de vuelta. Cada madre llamaba a su hijo para orientarle; el chaval respondía ayudando al reencuentro.

No comparten etimología las palabras "menestrales" (artesanos) y "menesterosos" (necesitados), pero ambas conviven juntas. Una gran mejora en la infraestructura del barrio se acometió antes de la guerra incivil del 36. El alcalde Celestino Velasco Salinero pavimentó calles principales y el abastecimiento de agua en las casas. La acometida de agua desde la tubería principal hasta la casa corría a cargo de la economía del vecino. Una fuente en la Glorieta, unos bancos de piedra y un templete darían un toque lúdico al barrio. Dos charambitas y una caja tocada por Pichilín e hijos romperían la monotonía ruda de estas generaciones que nos precedieron. Supieron sortear el frío con "glorias" y el calor con "ponerse a la fresca" nocturna, bien en un taburete o en el poyo adosado a la fachada y que aún conservaba el calor de las horas centrales. Largar un trago de agua del botijo o de vino del porrón sacado de esa misma gloria que en verano servía para "enfrescar" las bebidas. ¡Y alardeamos ahora de reciclaje!

El servicio de basuras era necesario, aunque se generaba poca. Poco papel, nada de plástico. Cada vecino contaba con un corral con sus gallinas y algún conejo y quizá un cerdo. Las escasas sobras de la comida iban para los animales domésticos. Las alacenas, pequeñas porque lo que se compraba era por cuarto kilos o cuartillos. El menaje, de barro o de madera. Cada mañana cruzaba la galera municipal para verter basuras en ella. Herradas de cinc o barreños arpados eran colocadas en la puerta a la espera de la llegada de la galera. El basurero, camino del Pino Macareno, cerca del pinar de D. Enrique donde hoy se levanta el grupo de viviendas Santa Gema.

A finales de los años 40 se acometió una obra en la carretera alquitranada desde la Leona hasta el convento. La carretera tenía una pendiente descendente muy pronunciada en este tramo. Los machos patinaban en el suelo helado provocando la impotencia del arriero. Un joven no pudo controlar a su ganado y quedó empotrado entre el muro del puente y su propio carro. Las aguas de las cunetas bajaban a tal velocidad que anegaban las casas y en especial la que estaba junto a la Leona. Este abajamiento del nivel de la carretera se evidencia en la actualidad en ambos lados de la calle.

La tierra del Mercado Viejo no era apta para sembrar trigo. El espacio cercano a la actual carretera, el huerto de los Mundacos, antigua huerta franciscana, a la izquierda, y la huerta del tío Rojo, a la derecha, tapiada desde la casa del cacharrero Curiel, era el único terreno con calidad para cultivar huertas. Aún quedan restos de aquellas tapias a la altura del Cristo. El resto, tierras débiles, sólo aptas para el cultivo de centeno. Tierra blanca como si fuera piedra molida. Hace pocos años derribaron el chalecito de la familia Hernández Ojosnegros haciendo evidente lo que digo. Al menos dos metros de subsuelo era tierra blanquecina y en sequero. El tío Chaparro las cultivaba en régimen de aparcería y los tallos del centeno los vendía para ensogar sacos. Sobre este "jardín del Edén" se construyeron 73 viviendas en el año 1954, las llamadas "casas bajas" y, en la década siguiente, las "casas altas" por contar con dos alturas. Costó mentalizarnos tener que subir escaleras para los que vivíamos en casas molineras.

El nomenclátor de la barriada no dejaba duda del pensamiento político de la época. Varios nombres de los fallecidos del bando nacional eran utilizados en el callejero. Eran los fallecidos por Dios y por España; los otros, los innumerables habían carecido de ideales, según se desprende de esto. Una familia de los que se instalaron allí se mordería las entrañas por no poder gritar la violencia sufrida en su

útero. El barrio lo supo y la respetó viendo en ella una víctima inocente de la prepotencia machista de una autoridad civil.

El barrio se expandía más allá del Cristo y más allá de la calle de la Olma. La calle de las Huertas se alargaba generando, poquito a poco, un barrio pequeño con identidad propia. Allí se instaló el último alfarero de Peñafiel, Pablo Curiel alejado del centro para impedir que el humo de su horno molestase lo menos posible. La aparición del plástico anunciaba que al oficio de alfarero le quedaban los días contados.

No hacía falta orinales de barro, ni regaderas, ni platos, ni barreños para la matanza, ni orzas para guardar los chorizos, ni botijos. Un oficio que nació en el neolítico quedaba obsoleto. El Mercado Viejo empezaba a dejar de ser el barrio de los alfareros. Los años sesenta generaban nuevas necesidades y, por tanto, nuevos servicios, nuevas tiendas.

Para carne y pescado había que seguir "pasando el puente". En cambio empezaron a proliferar pequeñas tiendas de ultramarinos en el barrio. La tienda de Romualdo Novo, de finales del XIX donde se vendía velas, cuartillos de aceite y cuarto kilos de garbanzos, quedó suplantada por la de Leo, junto al convento, la de Arroyo, junto al taller de Mariano Diez, la de Fernando que hizo de su casa una tienda, antes de instalarse en el pequeño local adyacente a las casas altas, la señora Tomasa y el almacén de frutas de los Pascualones. Muchas familias aprovechaban a comprar los plátanos maduros o las naranjas algo macadas a precios reducidos. No había hambre, pero el recuerdo de la postguerra desarrolló una conciencia de austeridad que ahora vamos recuperando, aunque ampulosamente lo llamemos reciclaje.

Por la carretera seguían pasando carros y galeras cargados de remolacha en invierno; de cestos de mimbres portando uva a principios de otoño dejando un olor dulzón; de cereal en verano. Las eras del Cristo se llenaban de trillos y parvas. Pequeñas casetas de adobe, para meter los aperos o guarecerse de la lluvia, salpicaban el paisaje. Las cosechadoras iban ganando terreno a los segadores. Cuentan que una tormenta inesperada y de grandes proporciones hizo que parva y sacos fueran impelidos por la fuerza del agua por todo el Mercado hasta desembocar en el río. Los vecinos del barrio mostraban su desolación solidaria ante esa desgracia. Ese año, San Roque no fue "tan San Roque".

El paso de tanto ganado caballar dejaba su presencia en ambos márgenes de las cunetas. Los tueros formaban parte de las cosas que había que evitar al andar. Las escobas caseras de espliego y el barrido matinal del cacho de espacio que correspondía a cada vivienda, permitía eliminar el peligro.

Otro oficio que tendía a desaparecer en el barrio era el de herrador y el de esquilador. Ambos oficios presentes en el barrio. El herrador Cabeza, de prolija familia vivía en la calle "más allá del Cristo"; el esquilador, Rufino Ojosnegros, en las "casas bajas". El nomenclátor callejero existía, existía; pero el vecindario mostró siempre desinterés en aprenderlo. Si alguien preguntaba dónde vivía un vecino concreto, se le respondía que "cerca de donde vive...". Porque en el barrio siempre hubo gente significativa, popular. Parralos, Confites, Botoneros, Mediaguindas, Conejos, Mindolos, Colorines, Paquenes, Garrachos, Ojosnegros, Platero, Izquierdo, Soto. En el Mercado no hay edificios con escudos en sus fachadas que

hablen de su alcurnia linajuda; eso queda para el Peñafiel de intramuros. Para nosotros nuestro escudo es el alias familiar desde hogaño. Es un dato que a un antropólogo cultural le haría reflexionar: cada grupo social se dignifica y marca territorio como puede.

Con la mecanización surge la necesidad de talleres para arreglar aparatos más complejos que el arado de vertedera. Tractores, cosechadoras, bicicletas y algún pequeño utilitario que se empezaba a dejar ver como el del señor Hilde o el seiscientos verde del señor Juanito. Las bicicletas, donde Fortu, en la calle "Más allá del Cristo" o donde Félix Gómez, frente a las escuelas. El taller de Mariano Díez, Félix Sanz, Jaime Niño. Un olor a gas-oíl en el barrio iba desplazando el de la boñigas.